

Baeza fué el único hombre de la tripulación de la *Lista* que salió conmigo del río *Cauto*; todos los demás murieron en él.

Si allí murieron no solamente los que componían la tripulación primitiva, sino los enviados, por su desgracia, para cubrir las vacantes; así como también la casi totalidad de los que sucedieron á estos últimos.

¡Y si entonces hubiera terminado la terrible renovación! Pero, por más que sorprenda, fué verdad tristísima que también sucumbieron los que podrían considerarse como tercera *tanda*.

Esto produjo horror en el Apostadero, y como medida salvadora me enviaron una tripulación de negros y de manilos. En efecto, fué acertado; pues sólo una tercera parte pagó con la vida su estancia en el río.

Las fiebres en primer término, el tífus y hasta el cólera, eran azotes tan terribles como inevitables. No bastaba salir del *Cauto*, que así lo hacía yo á menudo para llevar los enfermos al hospital de Manzanillo. Á bordo de mi lancha no había médico, ni era posible que lo hubiera; ni medicamentos de ninguna clase: cierto que la mejor botica habría sido tan inútil como un libro en japonés.

Allá en el fondo del río, donde comienza á ser navegable, se hallaba (y se hallará) un pueblecito llamado *Cauto el Embarcadero*. En él acuartelaba un batallón de cazadores: el batallón de Antequera.

Aquel punto, distante unas 60 millas de la boca, era el que más frecuentaba yo para dejar enfermos y hacer viveres. También solía visitar un fuerte, situado entre dicho pueblo y la desembocadura, en el que existía un corto destacamento. Se llamaba el *Guamo*.

*Cauto el Embarcadero* y el *Guamo* eran, pues, los únicos lugares donde hallaba socorros y gente amiga.

Todas las orillas estaban desiertas, ó debían estarlo, pues mis instrucciones mandaban hacer fuego sobre cualquier persona que alcanzara á distinguir.

¡Cuán cierto es que el sentimiento se embota ó se adormece! Yo me había acostumbrado á ver como desaparecían los hombres de mi cañonera, y, con rubor lo confieso, encontraba muchas horas de encanto en aquellas agrestes márgenes, en aquel silencioso y magnífico bosque, atravesado por una larga cinta de agua verde y tranquila, cual fácil camino parecía abierto por la industria más bien que por la naturaleza.

La pasión por la caza me enloquecía. ¿Dónde pudiera ejercitarla con más latitud? Desde el tierno pajarillo á la sabrosa gallina de Guinea solicitaban constantemente el tiro de perdigones; y no de tarde en tarde un tiro de bala, el jabalí, el toro, el caimán y (Dios me perdone)

el hombre, el insurrecto, que aparecía entre los árboles sólo el instante preciso para disparar su fusil y lanzarnos una carcajada ó una blasfemia.

Así es que, por lo común, navegaba yo sentado á proa, sobre cubierta, con la escopeta Lefauchaux á un lado y el rifle Spencer á otro; los que debidamente empleaba según se ofrecían á la vista ejemplares de caza menor ó de caza mayor. Imagínese bien el poco cansancio con que caminaba muchas leguas, y lo abundante y variado de las piezas que recogería.

En las instrucciones oficiales se me recomendaba mucha movilidad, y á fe que las cumplía concienzudamente. El tránsito del río por las partidas insurrectas era tanto, que diariamente hallábamos y destruíamos dos ó tres balsas. Algunas llegué á distinguir con *cargamento*; pero, de súbito, *todo* se arrojaba al río, y en cuatro brazadas ganaban el bosque. Sorprenderlos era imposible: el ruido de la máquina se oía á enorme distancia en aquel desierto. Sin embargo, mucho lográbamos, porque el constante deshacer balsas (alguna de 200 pies de superficie) dificultaba en extremo al enemigo la frecuencia del paso.

Mas como no es mi propósito referir hechos de guerra ni escaramuzas, sino episodios de caza, á éstos voy á concretarme.

Yo era el proveedor *egoísta* de la cocina de á bordo. Los marineros disfrutaban de manjares que no desdeñaría un gastrónomo cortesano. Hé aquí el *menú*:

Sopa de gicotea ó de cangrejos.

Frito de pajaritos ó de patas de cerdo gbaro.

Pescado de varias especies.

Guisado de gallina de Guinea, ó garza con arroz, ó ternera con patatas.

Asado de vaca ó toro (á la parrilla).

Postres: frutas de guayaba y de coco.

Sólo por excepción comíamos *lutias* ó *julias* (especie de rata enorme que sabe á conejo). Este animal abunda allí extraordinariamente, y se le halla siempre encaramado á los árboles. Su caza es facilísima. Jamás huye: puesto un cazador al pie del árbol, le puede disparar veinte tiros, hasta que, herido ó muerto, cae pesadamente.

Las gallinas de Guinea levantan el vuelo cuando se les acosa en tierra; pero, si el bando está posado y repartido en las ramas de un árbol frondoso, en él permanecen aunque se les fusile: así he matado sucesivamente ocho ó diez gallinas. No respondo que sea regla general, pues casi siempre he herido á esta clase de aves, ó peonando en los claros del bosque, ó de tenazón al levantar el vuelo.



UN ZORRO OBSERVADOR, POR BELLECROIX



de mi rifle hería ó espantaba al terrible anfibio antes de que le alcanzara el perro, Dik regresaba siempre lleno de orgullo por su victoria. La confianza en sí mismo llegó á ponerle en riesgo grave. Un día, estando yo en la cámara, oí los ladridos de Dik, su caída al agua, y á poco las voces de Baeza, que pedía una carabina; subo, y llego en el momento de ver al perro que mordía una pata del caimán; vuélvese éste con las mandíbulas abiertas, y las clava en el hocico de Dik. Entonces disparé, destrozando el cráneo del anfibio. Éste murió, y Dik continuaba preso, chillando como un condenado. Hubo que ayudarle á desprenderse, y en seguida curarle un labio partido y una oreja rasgada.

Dik no echó en saco roto la suave advertencia: en lo sucesivo le enardecía muchísimo menos la presencia de los caimanes, y aun diríase que le era poco grato hasta el olor á almizcle que los denuncia. Jamás volvió á perseguirlos.

La caza del caimán es muy sencilla. Una bala cónica atraviesa su coraza como si fuera de papel. Dudo que el cocodrilo del Nilo sea impenetrable á tales proyectiles: las dimensiones de aquél exceden á las del caimán de las Antillas, pero no mucho, pues, entre los treinta ó cuarenta de estos reptiles que he matado, algunos medían más de 3 metros de longitud.

Pero ni la caza del caimán, ni la del cerdo salvaje, ni la del toro, son dignas de recordación, á pesar de los lances curiosos (para los cazadores) que en ellas ocurrieron, singularmente con uno de aquellos últimos animales.

En cambio, juzgo de interés grandísimo, por sus peripecias y originalidad, una cacería que realicé, y sobre la que hasta ahora no he visto, oído ni leído cosa que se le parezca.

Creo que los verdaderos aficionados me agradecerán les haga una relación de ella, rigurosamente histórica y perfectamente exacta.

En uno de mis viajes de *Cauto* á Manzanillo supe que los tiburones estaban haciendo estragos en la rada, que aparecían por debajo del muelle de madera, que rondaban de continuo alrededor de los buques, que algunos días antes habían devorado á un hermoso perro, y, poco después, partido por mitad á un pobre muchacho, negrito, de catorce años.

Los tiburones solían verse entre dos aguas é imponían terror por sus dimensiones. Concebí la idea de pescarlos, mas no tenía á bordo un curriacán de bastante resistencia, y marineros del puerto habían empleado aquel medio inútilmente.

Pero es el caso que cada vez que yo veía pasearse á

los tiburones en libertad me cegaba la ira, y (véase qué extraño efecto) llegué á sentir hacia ellos un odio feroz y un deseo ardentísimo de exterminarlos.

Resuelto firmemente á conseguir este propósito, quedé más tranquilo, pues sé por experiencia que casi siempre *querer es poder*. Desde luego decidí no regresar al *Cauto* por entonces, y cada día practicaba alguna idea poco feliz.

Una tarde maté á un gran cocodrilo en un riachuelo cercano, é imaginé ponerlo de cebo á los tiburones. Hícelo así, amarrándolo fuertemente y atando la cuerda á un poste de la punta del muelle.

Yo me coloqué allí de centinela con mi rifle.

El cocodrilo muerto no enseñaba más que la prolongada cabeza, y permanecía perpendicular.

Trascurrió media hora.

De pronto la cuerda dió un tremendo estrechazo; el agua se removía furiosamente, trocándose en fango puro; una lucha de gigantes parecía entablada bajo la superficie, y por momentos aparecía ante mis ojos un lomo negruzco ó una aleta blanquecina. El tiburón había hecho presa del caimán, y procuraba partirlo ó arancarle un trozo.

—¡Esa carne es muy dura!—decía Baeza, que estaba á mi lado.

Yo esperé uno de los instantes en que el tiburón descubría el lomo, y le *planté* un balazo.

Inmediatamente cesó la lucha y el ruido: todo quedó en calma. Miré y nada distinguí; sondé y no hallé más que el fondo. El caimán había desaparecido, y también el tiburón.

Yo no abrigaba duda de que había herido al escualo, pues casi le tocaba la boca de mi rifle: si hubiera huído, se le hubiera visto alejar; si hubiera muerto, allí en el fondo debería hallarse, y no se le encontraba.

Traté de convencerme, y salí en un bote con tres marineros para explorar un buen espacio.

En el sitio del disparo la profundidad no llegaba á dos brazas, y á través del agua se distinguía el fondo vagamente. Después de algunos minutos de pesquisas, vimos un enorme cuerpo gris que reposaba en el fango.

Era el tiburón, tendido boca arriba y sin ningún movimiento. Otro enorme escualo se hallaba reconociéndolo, al parecer, y al fijarse en nosotros se alejó.

Todos lanzamos un grito de alegría.

—Es preciso extraerlo y llevarlo sobre el muelle,—le dije á Baeza.

Éste procuró enganchar el largo bichero en una aleta del escualo. Fué muy sencillo; y entre los tres hom-

bres empezaron á cobrar del bichero y subir el tiburón á la superficie. Como todo cuerpo sumergido pierde de su peso el del agua que desaloja, elevábamos aquél sin trabajo, á pesar de que medía 6 metros de extensión.

Cuando la gente que ocupaba los muelles vió aparecer al terrible escualo, rompió á palmotear y á decirme que lo llevara hasta ellos para sacarlo del agua.

Ese era mi propósito; mas de repente el bote sufrió un vaivén que casi lo vuelca: el mortecino tiburón había revivido y daba fuertes coletazos.

Baeza, que tenía agarrado el bichero, pidió auxilio, y los otros dos hombres corrieron á ayudarle: así los cuatro nos agrupamos á proa: yo con el rifle, y los demás asidos al bichero con todas sus fuerzas.

El tiburón arrancó como una flecha, arrastrando el bote hacía fuera del puerto.

Corría con tal velocidad, que la proa (ya sobrecargada) iba casi debajo del agua.

Yo temía que el bichero se desprendiese, mas estaba profundamente clavado en la aleta: preciso era que los marineros no lo abandonaran.

—¡Apretad los puños! ¡Cuidado con soltar!—gritaba yo.

—¡Primero me cortan las manos!—respondía Baeza.

—¡No hay cuidado, mi comandante!—decían los demás, duplicando sus esfuerzos.

Mientras, yo disparé sobre el tiburón, que aceleró su marcha.

El rifle Spencer contiene siete cartuchos, que pueden consumirse en dos minutos: preparé el segundo é hice fuego.

El escualo tampoco se detuvo, y el bote seguía anegándose, y los borbotones de agua nos habían empapado de pies á cabeza, sin aplacar nuestra sed de persecución. Los del muelle daban gritos que no podíamos comprender. Sin duda celebraban lo curioso del espectáculo.

No hay en el mundo una nave que haya corrido sobre el mar con tanta rapidez como nuestro bote remolcado por el enorme tiburón.

Un tercer disparo también fué ineficaz. Sentí impulsos locos de echarme con un cuchillo sobre aquel lomo tragabalas.

Los marineros jadeaban de cansancio. Un minuto más, y el escualo se marcha con el bichero.

—¡Baeza!—grité;—¡si se escapa te mato!

—No habrá lugar, señor; el tiburón va muerto.

—Pero corre...

—Es que lleva mucha *arrancada*,—respondió gravemente.

Al fin di con un medio eficaz. Puesto un pie sobre la borda y otro sobre el hombro de Baeza, dominando mucho mejor al enemigo, le lancé el cuarto proyectil.

Entonces el tiburón se detuvo y comenzó á descender.

Ya era nuestro. Un quinto tiro lo dejó totalmente exánime y se pudo remolcar.

En el acto le pasamos unos cabos ó cuerdas por el cuerpo; y, una vez seguros de no perder la presa, se achicó el bote, que estaba casi anegado.

En seguida lo llevamos al pie del muelle. Allí fué recibido con atroz algarabía por el pueblo y los soldados de la guarnición, que, apoderándose de las cuerdas, subieron al terrible pez.

Sobre las tablas del muelle lo descuartizaron en pocos minutos, y cada hombre se llevó un trozo de aquella carne dura, coriácea é indigesta. En vano les grité que no se comía, que casi no se mascaba: ¡inútiles clamores!

Aun ignoro las consecuencias.

No se crea que yo quedara contento al ver á mi *enemigo* hecho jigote.

Faltábame el otro, no menos grande y temible, que habíamos visto reconociendo al herido.

Seguramente aquellos dos eran autores de todas las fechorías ejecutadas en el puerto. Destruyéndolos, éste se hallaría libre de malos huéspedes, es decir, hasta que lo invadieran otros barateros de su jaez.

Sobre el muelle no quedaba más que la enorme cabeza del escualo.

Contemplándola se me ocurrió ponerla de cebo, como había hecho antes con el caimán; y, aunque *nunca segundas partes fueron buenas*, en este caso resultó inmejorable.

Á poco de echarla al agua fué cogida por el otro tiburón. Lo mismo que anteriormente, hice fuego sobre el lomo á boca de jarro, y quedó mal herido en el fondo, cerca de un pailebot.

Desde allí lo enganchamos con el bichero, se atrajo hasta la superficie y se envasó con rapidez. Sólo en los momentos de *llevarlo* fuera del agua comenzó á agitarse y á dar terribles coletazos en el aire.

Le encajé tres tiros, y, ya muerto, se introdujo á bordo.

Allí le abrieron el vientre, hallándose un tiburoncito muy bien formado, que vivió cuatro días en una tina con agua.

De este modo extraordinario y original exterminé á la *amable* familia. Quiere decir que, si alguna vez caigo